

# **LA NEGRA LORENZA**

**Antonio Bellido Marín**

*Las grandes potencias que han tomado partido por explotar las riquezas del “ Continente Africano” convierten en estados fallidos a muchos de sus Paises. Mozambique que llegó a ser uno de ellos, trata de olvidar su reciente pasado.*

*La paz llegó el 26 de Agosto de 2014 y gracias a ella, a los grandes recursos naturales y al turismo, Mozambique caminará hacia el progreso.*

—Antonio Bellido—

# PARTE I .



## BUSCANDO LA VERDAD

Cuando aterricé en Lichinga no creía aún que fuera posible haber llegado hasta aquí. Tras años de investigación por mi cuenta, llamadas, noches sin dormir y rabia al descubrir las inmundicias del ser humano, por fin iba a reunirme con la familia de Lorenza.

Me presentaría, pero esta no es mi historia. Solo merece la pena que les cuente que soy periodista especializado en criminología. Mientras terminaba mis estudios trabajé como voluntario en Cruz Roja Internacional en Ginebra (Suiza), mi ciudad natal. Dada mi especialización participé en el departamento de personas desaparecidas en conflictos bélicos. Por aquel entonces recibíamos expedientes de la Cruz Roja desde nuestra sede en Pretoria\*, la capital ejecutiva de Sudáfrica.

---

\* Sudáfrica está configurada con tres capitales: Pretoria, sede del poder ejecutivo; Bloemfontein, sede del poder judicial; y Ciudad del Cabo, sede del poder legislativo.

Pretoria representaba los intereses de su país vecino Mozambique en lo relacionado a Cruz Roja Internacional.

Allí donde residí en Ginebra y en su sede de Cruz Roja Internacional, ordenando expedientes e informes de la época, topé con uno de ellos que no difería mucho de los otros, donde se leía el nombre de una mujer, Lorenza, y su estado: «Desaparecida».

Sin embargo, había algo en él que me hizo abrirlo antes de clasificarlo: un número de teléfono y el nombre de Lorenza, con una nota a lápiz que decía: «Llama desde este número, pero no debemos devolverle la llamada. SECUESTRADA POR EL COMANDANTE EMILIO (no consta apellido), jefe regional del FRELIMO\*\*». Trabajadora asignada: Fátima. Ext. 732».

Hojeé aquel documento con la fecha de la última vez que se había visto con vida a la tal Lorenza. Vi fechas y horas de las llamadas que su marido había realizado desde diferentes lugares del mundo gracias a las anotaciones en lápiz al margen del dossier. También figuraban el nombre de sus hijos y del matrimonio que, al parecer, los había adoptado pero no aparecían datos sobre el supuesto comandante ni se explicaba si se había resuelto su caso.

Recordé las clases de Historia Contemporánea, cuando el profesor nos hablaba del FRELIMO, de los

---

\*\* Frente de Liberación de Mozambique

secuestros en Mozambique, las retenciones ilegales, las torturas camufladas, los intereses de unos y otros, y los campos de reeducación. Los pocos testigos que habían sobrevivido a aquellos días contaban horrores, aunque la mayoría decía no recordar o no querían intentarlo.

Decidí fotocopiar los papeles de Lorenza y llevármelos a casa para analizarlos con calma. Había visto en mis días de voluntario en la Cruz Roja Internacional muchas historias dramáticas, pero en ninguna había visto que un comandante estuviera implicado y mucho menos siendo el jefe de la inteligencia de la provincia de Nyassa al norte del país.

En el expediente de Lorenza constaba su ingreso en el campo de reeducación de Métela, precisamente ubicado en esa misma provincia de Nyassa. También aparecía un folio con una fotografía de ella y un número adjudicado a su nombre. No existía firma ni muestra de huella dactilar ni nada que pareciera que ese documento contaba con la legalidad. Solo una anotación escrita a mano: «Expediente recuperado el 30 de septiembre de 1981. Llamada de Lorenza desde Lichinga donde está retenida en la unidad militar de inteligencia. Trabaja para esta unidad como cocinera. Al mando se encuentra el comandante Emilio (se desconoce apellido)».

Efectivamente, en aquel papel se leía que la fecha de entrada de Lorenza en el campo de reeducación había sido el 24 de enero de 1976, pero en la fecha de salida solo había una raya.

En una ficha constaban sus datos «oficiales». En el lugar de la foto se mostraba el rostro de una mujer joven de aparente gran belleza y con una expresión en su mirada de felicidad. «Nombre: Lorenza da Silva Días». «Ocupación: Empresaria. Propietaria del restaurante La Negra Lorenza en la capital Maputo». «Estado civil: casada con el ciudadano portugués Ricardo da Costa / Hijos: 2, Elvira y Pedro, en la actualidad adoptados y residentes en Inglaterra». «Datos de la desaparición: Arrestada sin juicio por supuesta colaboración con los colonos portugueses».

El resto eran anotaciones que alguien, imaginé que Fátima, la que firmaba la carpeta del informe, había ido haciendo. «El marido de Lorenza se llama Ricardo da Costa / Lo último que Lorenza sabe de él es que estaba en Brasil / Los hijos del matrimonio, Elvira y Pedro, fueron adoptados por un matrimonio inglés / Datos del comandante no contrastados».

Imaginé que aquel folio se había incorporado después al informe. Era lamentable pensar que los informes de los desaparecidos se hacían en muchas ocasiones sobre la marcha con datos pobres que los familiares podían aportar. No había un control de los detenidos por el Gobierno ni de los llevados a los campos de reeducación.

Las anotaciones seguían: «El expediente se abrió en Oporto (Portugal) / los datos aportados y la fotografía los realizó su marido Ricardo / Su marido llamó a

La Cruz Roja Internacional hace más de un año / Su responsable Gilberto (ext. 741) dice que trató de localizarla en varias ocasiones / Hay un último registro de llamadas desde Río de Janeiro, teléfono: 000 000 000 / Expediente: Ricardo 3056 / Los hijos son Elvira y Pedro y no constan en nuestra base de datos, pero se indica en inscripción manual que fueron adoptados legalmente (confirmado por la Embajada inglesa) por los ciudadanos de este país Margaret y Edward Hesse».

Aunque la última anotación fue la peor: «6 de abril de 1982 recibimos la última llamada de Lorenza / 8 de abril recibimos desde Rio de Janeiro una llamada efectuada por su marido Ricardo. Está muy preocupado por no saber nada de ella desde el día 6 de abril en el que ella le dijo que iba a escapar. Quedaron en que le llamaría cuando se encontrara fuera de peligro. Le decimos a Ricardo que igualmente nosotros hemos recibido una llamada de su mujer ese mismo día contándonos que se iba a fugar. Aconsejamos a Lorenza que no haga ninguna acción que pueda perjudicarla ya que ahora está localizada y gestionaremos mejor su libertad. También le decimos que no podemos evaluar el riesgo y que ella tendrá que decidir lo que le conviene dada su situación. Al finalizar de la conversación quedamos en contactarnos en caso de recibir alguna información». Fin de la nota.

No me pregunten por qué, porque ni yo mismo podría explicarles, pero aquella anotación que cerraba el



expediente de Lorenza da Silva “Última llamada de Lorenza” me dejó tan helado que podría decirse que es la culpable de que decidiese que mis estudios de doctorado versarían sobre su historia.

No pretendo que estas palabras hablen más de mí que de Lorenza, no quiero ser el centro de su atención ni que estas páginas que siguen sean un aburrido compendio de llamadas e intercambios de fax. Solo les diré que a través de mis contactos conseguí localizar el expediente de Ricardo da Costa, y hablar con él. De esto hace casi poco más de un año.

Cuando lo localicé, él trabajaba para la multinacional brasileña Vale como jefe de mantenimiento en una de las minas de carbón de alto poder calórico más importantes del mundo, Moatize, situada en la ciudad de Tete al norte del país.

Recuerdo perfectamente nuestra primera conversación telefónica. He de reconocer que yo me mostré un tanto escéptico al principio.

—Disculpe mi intromisión, pero siendo que usted trabajaba tan cerca de donde desapareció su mujer en Lichinga, ¿cómo es que no pudo hacer nada por ella?

—Perdone, pero creo que no debería juzgarme sin conocer...

—No, no. Perdóneme usted a mí. Es solo que, por lo que me cuenta y por lo que veo en mis informes, cuando su mujer desapareció, usted estaba más cerca que nunca de ella. No sé, es confuso. ¿Dónde ha estado?

¿Dónde estuvo mientras su mujer figuraba, bueno, figura, desaparecida? Pone en el informe que se comunicaron por separado con la Cruz Roja Internacional.

—Muchacho, todo tiene una explicación. Aún no sé muy bien qué pretendes con esta llamada. Tengo que fiarme de que, según usted, sus intenciones son muy buenas y solo desea que se haga justicia. ¿Qué se cree? ¿Qué yo no quiero que se haga justicia? ¿Eh? —Tenía razón. Estuve un rato callado, no sabía qué responder—. Oiga, ¿sigue ahí?

—Sí, sí. Sigo aquí. Mire, solo soy un estudiante de doctorado, eso puedo demostrárselo mandándole una copia de los documentos o lo que sea necesario. Lo que le he dicho es cierto. Los papeles de su mujer cayeron por casualidad en mi mano ordenando expedientes en la Cruz Roja Internacional. Me llamaron la atención ciertas anotaciones y, dado que estoy especializándome en criminología, vi que desarrollar esta historia sería interesante tanto para mi tesis como para usted. Sé que estos hechos se suelen callar y tapar y, no sé, llámelo corazonada, pero creo que este caso esconde tanto y hay tantas incógnitas que no se merece caer en el olvido.

Parece ser que mis palabras surtieron efecto y Ricardo se convenció de que, al menos, no quería dañar a su familia ni deshonorar la memoria de su esposa. Oí que tomaba aire antes de contestar.

—Cuando las cosas empezaron a complicarse en Mozambique, Lorenza y yo determinamos que lo mejor

era que mientras ella vendía o alquilaba su negocio yo me llevase a mis hijos a Oporto, mi ciudad natal y donde pasé los mejores años de mi juventud. Había hablado tantas veces a Lorenza de mi ciudad con sus calles tan concurridas, las fiestas de los toros con sus rejoneadores y sus valientes forçados, el trasiego de sus bodegas cuyos vinos de fama mundial son la principal riqueza de la zona y el ciudadano muy educado en general. Como consecuencia de todo ello Lorenza y yo queríamos construir nuestro futuro allí. Los colegios, institutos y universidades favorecerían el desarrollo intelectual de nuestros hijos. De este sueño hablábamos con frecuencia y por eso decidimos comprar un local pegadito a la orilla del río Duero, navegable en ese territorio donde desemboca aportando gran cantidad de agua al océano Atlántico. Compramos el local próximo al famoso puente Don Luis I. Este puente lo construyó un ingeniero belga discípulo de Eiffel con una estructura de hierro similar a de la Torre Eiffel de París. Como podrá observar la elección del lugar para el negocio estaba muy pensada aparte de por lo expuesto por la cantidad de gente -incluidos turistas- que pasea por esa zona.

Era el año 1974 y la situación de Mozambique era complicada y la mayoría de portugueses tuvieron que volver a su país debido al avance de los independentistas. Lorenza y yo pensábamos que tendríamos tiempo de arreglar nuestros asuntos y salir del País, pero los acontecimientos se precipitaron. Menos mal que pude

salir de Mozambique con mis hijos. A veces me maldigo por no haberme quedado junto a Lorenza, pero si ella desapareció en Mozambique figúrese qué habría sido de mis hijos. ¿Dígame?

—Ricardo, estoy seguro de que fue la decisión correcta. Usted podría haber estado con su mujer, pero sus hijos habrían sufrido mucho. Conozco bien la guerra de Mozambique, y sé que fue cruel.

—¿Conocer? ¿Por los libros? Ustedes los estudiantes creen que lo conocen todo y no saben nada.

—Perdone, no era mi intención.

—No, perdóneme usted. Como le decía, todo se complicó. Ya sabrá que el 25 de abril de ese mismo año en Portugal derrocaron al régimen del dictador Salazar. Sus colonias desaparecieron y con ellas el dinero, que se fue a paraísos fiscales. Sin recursos ni dinero para el desarrollo, Mozambique y Portugal cayeron en una pobreza tal que incluso la clase media tuvo que cerrar sus negocios. Y luego llegaron los del Frente de Liberación de Mozambique y los regímenes dictatoriales de las colonias portuguesas. Vino el horror.

—Y entonces fue cuando perdió la pista de su mujer, un año después.

—No, no. Fue antes. Desde que yo llegase a Oporto con los niños aún tuvimos contacto telefónico unos días. Pero enseguida pasó todo. O quizás no pasó enseguida, ahora lo recuerdo confuso.

El 25 de abril fue la fecha de la llamada Revolución

de los Claveles que produjo el derrocamiento en Portugal del dictador Salazar y todo el movimiento militar que provocó su huida. Llamé a Lorenza y me dijo que estaba bien, pero que se estaban complicando las cosas. No se podía enviar dinero al extranjero y como se estaba nacionalizando todo, no podía vender el negocio y tampoco sacar del país nuestros ahorros que los teníamos en previsión para terminar los pagos que suponía la reforma del local de Oporto. Inmediatamente se nacionalizó la banca tanto en Mozambique como en Portugal y lo más grave fue que a Lorenza como a muchos de los ciudadanos de su país se les privó de su pasaporte y no se les permitió viajar al extranjero. Acordamos mantenernos tranquilos. Yo seguiría con mis hijos en Oporto y ella, cuando todo pasase, se reuniría con nosotros. Pero nunca lo hizo. Ya no pudo.

—Y ¿qué pasó con sus hijos? En el informe veo que fueron adoptados.

—Esa fue mi mayor pena. Yo no podía hacer frente a los pagos del costo de la reforma. Iba de banco en banco desesperado. Con la banca portuguesa nacionalizada y la escasez de liquidez solo recibía negativas a los créditos que solicitaba y eso que ponía como garantía el local. Llegó un momento en que los acreedores no aguantaron más y me embargaron el único bien que teníamos Lorenza y yo, el local de nuestros sueños. Caí en una depresión. Los vecinos me ayudaban a cuidar a los niños... Tan pequeños... — se echó a llorar—. Per-

dona, perdona, ¿puedo tutearte?

—Claro, Ricardo, quiero que estés cómodo.



*Ricardo con sus hijos en el orfanato*

—Los niños pasaban hambre. La gente que me conocía siempre tenía un plato de comida para ellos, pero no era suficiente. Yo llegaba a casa desesperado sin encontrar trabajo. Fuimos tantos los ciudadanos portugueses de las colonias que regresamos a Portugal que se colapsó. No quería que mis hijos vieran a su padre deprimido, llorando y no pudiendo hacer frente ni a los gastos mínimos para su manutención. Así que decidí llevarlos a un orfanato aunque fuera temporalmente. Llamé a Lorenza para explicarle todo y no le pareció mal la idea. Ella, como yo, solo quería que nuestros hijos estuvieran bien, y sabía que tal y como estaba la situación, conmigo no era posible. En el orfanato hablé con la monja y le expliqué que era algo temporal. Entre